



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVIII

San Salvador, C. A., Diciembre de 1963.

NUMERO 188

Meditando con el Papa,
ante la Cueva de Belén.

Jesús quiere decir Salvador

Una homilia de Paulo VI.

Este mes sustituimos la acostumbrada Orientación por una Meditación. Vamos a meditar en santa paz, vamos a meditar con el Papa. Es él mismo quien nos va a hablar. Mejor diríamos: es el mismo Cristo quien nos envía por su medio este Mensaje Navideño.

Porque hace todavía pocos años, cuando Paulo VI era Arzobispo de Milán, la vista del Portalito de Belén le inspiró una oración bellísima. (1)

En ella desarrolló el Papa actual estas dos ideas:

- (1) Jesús quiere decir Salvador; ha venido al mundo para salvarnos a todos;
- (2) ha venido a salvarnos de nuestros propios pecados.

He aquí las palabras del Papa:

"Estamos acostumbrados a considerar la Navidad, como una fiesta llena de suavidad y de paz".

"Y así es".

"Representa un misterio de tanta bondad que infunde alegría y esperanza y poesía y novedad y amor en las venas enfermas de pecado y de tristeza de la humanidad doliente".

(1) G. B. Card. Montini, "Discorsi per il Natale e l'Epifania" (1955-1961), Milano, Grafiche P. Boniardi, 1962, pág. 77 y sigs.

Y volviéndose hacia aquellos afortunados pastorcitos de los contornos de Belén que oyeron el anuncio del ángel, exclama:

"Mientras halle eco en la tierra el angélico anuncio del Nacimiento de Cristo, que dice "os traigo un mensaje de grande gozo" (Lc. 2,10), será posible hallar consuelo a todas las aflicciones y a toda la desesperación humana".

"Porque la Navidad se halla como compenetrada con las vivencias más dulces de nuestra vida".

"La llegada de un nuevo ser al mundo, la infancia con su conmovedora fragilidad, con su deliciosa inocencia y con su palpitante ternura, se halla tan connaturalizada con las emociones más profundas y vitales de la experiencia humana, que parece conllevar como la fiesta de nuestra misma existencia, vista en su origen, en su pureza, en su fecundidad, en su intangible debilidad".

Esta es para el Papa la razón que fuerza al espíritu a relajarse en un sentido de confiada alegría y a recibir este dulce Misterio con ritos y costumbres de pacífica sencillez.

Pero la lucecita que irradia la Cueva de Belén es bien tenue. En redor de la cuevecita



EL NACIMIENTO CONTADO POR SAN LUCAS EL EVANGELISTA.

2, 1 - 14.

Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar a todo el mundo.

Este fue el primer empadronamiento hecho por Cirino Gobernador de Siria.

Y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su stirpe.

José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta.

Y sucedió que, estando allí, le llegó la hora del parto. Y parió a su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

todo era silencio, quietud, oscuridad en las mentes, muerte en las almas.

"La Navidad precisamente por ser Luz, en contraste con su misma luz —dijo entonces el actual Pontífice— me muestra una escena plena de tinieblas".

Y el Papa vuelve su vista hacia los males que hay que remediar. Porque "la Venida que conmemora la fiesta de Navidad es una Venida Misteriosa. Es la Venida de "un Salvador".

I. La misión redentora y salvadora de Cristo.

"¿Por qué ha venido Cristo? ¿Quién es ese minúsculo Rey-Niño al que el Profeta Isafas preconiza con los nombres de "Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre del Siglo Futuro, Príncipe de la Paz"? (9,6). Si es Salvador ¿cuáles son esos males de que viene a salvar?"

A estas dos preguntas va a responder Paulo VI con su unción y su profundidad de doctrina.

"Vista así, la Navidad no es sólo la fiesta feliz, idílica, milenaria, que todos más o menos comprendemos; es también el día profético y dramático que ilumina a la humanidad sobre su estado verdadero y sobre su suerte última".

1.—"Para quiénes ha venido Cristo?"

Y responde el Papa:

"Cristo ha venido para todos".

"Este dogma de la universalidad de la Redención, sostenido firmemente por el Catolicismo, es una de las verdades más graves que jamás se hayan anunciado a la humanidad. Es el alma de esa concepción modernísima que busca la unidad del mundo, la igualdad entre los pueblos, fraternidad de los hombres, que espolea el ansia apostólica y misionera de la religión, el fermento vivificador de la civilización en la colaboración y en la paz".

Y el Papa se complace en desmenuzar las ventajas que se seguirían para la humanidad entera de la aceptación integral de esta doctrina:

"Es el dogma —dice— que derriba los privilegios, las prepotencias, las dictaduras, las facciones, los imperialismos, los colonialismos,

el dogma que sostiene la supremacía del Derecho sobre la Fuerza, y promueve la libertad y la justicia entre los hombres,

el dogma que suscita el respeto a la persona humana,

*En aquellos contornos
velaban unos pastores
y hacían centinela
sobre su grey.
Cuando de improviso
un ángel del Señor apareció
junto a ellos, y una luz divina
los cercó con su resplandor,
lo cual los llenó de sumo temor.*

*Entonces les dijo el Angel:
No temáis,
pues vengo a daros una noticia
de gran gozo para todo el pueblo.
Y es que hoy os ha nacido
en la ciudad de David
el Salvador, que es el Cristo, el Señor.*

*Y os servirá de señal
que hallaréis al Niño
envuelto en pañales
y reclinado en un pesebre.*

*Al punto mismo se dejó ver con el ángel
un ejército numeroso de la milicia celestial
alabando a Dios y diciendo:
Gloria a Dios en lo más alto de los cielos,
y paz en la tierra,
a los hombres de buena voluntad.*

el dogma que funda la verdadera democracia, positiva y progresiva, en el Derecho de Gentes y de las relaciones públicas y privadas".

Pero el Papa tiene buen cuidado de poner a esta igualdad entre los humanos su verdadero, su único fundamento válido. Somos todos hermanos, es cierto, pero hermanos en Cristo y en Dios. Por eso añade:

"Todos los hombres son igualmente amados por Dios y potencialmente salvados por Cristo; y por lo tanto igualmente dignos de ser considerados, amados, servidos y protegidos. Porque frente a este criterio sumo de su relación con Cristo y con Dios, con el cual han de ser sopesados los seres humanos, no existe ni puede existir distinción, discriminación alguna. Y si se pasa por alto o se niega esta relación, las discriminaciones, las emulaciones y las enemistades sociales y nacionales, las guerras mismas, pueden hallar siempre títulos válidos para justificarse y para comprometer la base fundamental de la hermandad entre los humanos. Cristo Salvador ha venido para todos!" (cfr. 1 Tim. 2, 4-6; Encíclica "Mystici Corporis" en AAS, 1943, pág. 240).

2.—El Salvador Niño ha venido a buscar de un modo especial a los pecadores.

Esta es la segunda proposición que desarrolla el Sumo Pontífice con estas palabras:

"Cristo al venir a este mundo, manifiesta su predilección en favor de ciertas categorías de

la humanidad. Mejor aún: diríamos que existen ciertas situaciones humanas que constituyen una ventaja con respecto al anuncio de la Buena Nueva. Porque Cristo viene como Salvador. Y donde la necesidad de salvación es mayor, allí se manifiesta más activa su misión salvífica".

Y lo confirma con palabras sacadas de la misma Escritura Santa: "El Señor dijo de sí mismo: "No son los sanos sino los enfermos los que necesitan de médico" (Mt. 9, 12). "Por ello nuestras enfermedades, y la peor de todas que es el pecado, más bien que un obstáculo son un título más para recibir la ayuda del divino Salvador en esta visión desbordante de misericordia". "Donde abundó el mal —exclama San Pablo— allí sobreabundó la gracia" (Rom. 5, 20).

"Y para hacer más comprensible esta realidad —continúa el Papa— manifestará las simpatías Innatas de su corazón por nuestros sufrimientos, por nuestra suplicante desolación, haciendo resonar en el mundo aquel su canto tan divino y tan humano, jamás oído hasta entonces: "Bienaventurados los pobres, porque el Reino de Dios es vuestro! Bienaventurados los que padecéis hambre, porque seréis saciados! Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis! Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien por causa del Hijo del hombre, porque vuestro premio será grande en los cielos" (Lc. 6, 20-23).

He aquí los preferidos en el Mensaje de Navidad: los necesitados, los que sufren, los perseguidos.

Por eso la Navidad lleva al Papa a pensar en el dolor humano, en el sufrimiento a causa del pecado, "que es la desgracia mayor porque niega la Vida en su mismo origen que es Dios, y porque es fuente del postrero mal que es la muerte". Sufrimiento causado por el egoísmo, por la injusticia, la maldad, la hipocresía, "que hacen miserable y triste la vida de los responsables de estos delitos e infeliz y dura la de aquellos que sufren sus consecuencias".

Pero el Papa no pide venganza para los causantes de tanto mal, sino caridad cristiana para sus víctimas. Y tolerancia para quienes las explotan contra Cristo. Porque en ocasión de la celebración de aquella Navidad en la que fue pronunciado este discurso, los comunistas como un reto al pacífico concurso del pueblo y a aquella hora de recogimiento y oración, habían reunido en la misma Plaza de la Catedral y a la misma hora del oficio divino una manifestación de obreros en paro. Por eso dijo el entonces Cardenal Montini:

"No podemos menos de compadecernos de los miles de familias obreras que hoy se encuentran en la indigencia, en la angustia, con

la amargura en el corazón y con la ansiedad en el alma por su pan y por su trabajo". Y el Supremo Jerarca de la Iglesia de Milán envió en esta ocasión a todos ellos su saludo y bendición paternal, exhortando a patronos y obreros a tener en cuenta el sentimiento cristiano más que el cálculo exclusivo de ventajas materiales en el arreglo de sus diferencias.

3.—Necesidad de nuestra cooperación.

"Pero a este Cristo que ha venido para todos, a este Cristo que abre a los menos afortunados los tesoros de su salvación, a este Cristo sólo podrá llegar el que quiera unirse a El voluntariamente". "Su salvación no se concederá sin la cooperación del hombre. No es algo mágico, no es algo automático. La economía de la misericordia vigilante y unilateral de Dios no nos dispensa de nuestro concurso libre y personal, de nuestra buena voluntad, de una colaboración de aceptación por lo menos condicional".

II. Efectos de la encarnación del Redentor.

¿De qué males nos libra esta salvación por Cristo?

"La respuesta a esta pregunta —dice el Papa— es objeto de una enorme y complicada controversia en nuestros días. Porque para algunos, que se han desviado del sendero de la recta doctrina, la salvación que pretende llevar a cabo el cristianismo no ha de consistir en otra cosa que en sacar al mundo de sus deficiencias sociales y económicas, en las que se halla sumido, y tan sólo una vez concluida esta inmensa tarea se podría hablar de redención moral y sobrenatural (Cfr. Montuclard). Otros niegan de la idea de la salvación y, convertidos en profetas del Evangelio del Anticristo, aseguran que el hombre no tiene necesidad de redención, o más bien que debe salvarse a sí mismo". (Cfr. Camus).

Con ello llega el Papa al punto tan discutido entre los mismos teólogos cristianos de determinar si el cristianismo existe para poner orden

y justicia y civilización en este mundo, o si existe más bien para arrancarnos del mundo y enderezarnos a la otra vida, en la cual sólo encontraremos los efectos positivos de la Redención.

"Es una cuestión complicada la que aquí se plantea —dice—. Pero la podríamos sintetizar así: la salvación de Cristo no tiende a liberar de los males temporales económicos y físicos de la vida presente. De estas condiciones imperfectas actuales, el Evangelio sacará su ley que es la ley de la Cruz. Pero esta ley, esta Cruz, las transforma y las sublima de tal modo que en toda dificultad y en todo dolor de la vida temporal y presente, sirve de remedio y consolación".

"La felicidad, la bienaventuranza, se ha anunciado a la pobreza y al sufrimiento humano. Por ello el mismo reino de la tierra debe alegrarse y dejarse guiar por el signo de la Cruz". (Cfr. Enc. "Inmortale Dei" de León XIII, 1885, al comienzo).

Concluye el Papa:

"Pero no olvidemos que la salvación de Cristo mira directamente al reino de los cielos. Esto es: a una nueva vida, vida sobrenatural, que misteriosa comienza aquí y que un día en su total plenitud, esperamos alcanzar por la gracia de Dios".

"A esta vida superior, a esta vida sobrenatural, a esta vida interior, a esta vida santificada, la venida de Cristo abre hoy de nuevo el camino". "Oh, quiera Dios y quiera nuestra buena voluntad que podamos todos llegar felizmente a su plenitud en la Navidad celestial y eterna!"

Así termina el Cardenal Montini su homilía navideña ante sus amados hijos milaneses. Hoy, en que tiene a su cuidado la grey total de Cristo, la humanidad entera —podríamos decir— al hablar al mundo desde la Cátedra de Pedro y como sucesor suyo, podría suscribir de nuevo todas y cada una de las proposiciones dichas en la catedral ambrosiana:

"Cristo ha venido para salvarnos. Para salvar a todos los hombres!"

ECA

La Dirección, Redacción y Administración de la Revista agradecen a Ud. la cooperación que ha prestado a la publicación en el corriente año y aprovechan la oportunidad para presentarle sus respetos felicitándole las Navidades y deseándole un feliz Año Nuevo.

